

Cuentos para Niños Indígenas



Victor Zuluaga Gómez

Diseño, diagramación e impresión:
Ediciones Oriana Ltda.
Calle 22 No. 5-45
Tels: 251125 - 340081
Pereira

Dibujos:
Antonio Isaza

CUENTOS PARA NIÑOS INDIGENAS

En el curso de acción que me he comprometido en el itinerario indigenista de Pereira he realizado una selección de cuentos indígenas del Chiriquí, el Tunja y el Cauca, que a través de algunas estrategias podrán servir de puente de comunicación entre sus mundos, haciendo un cuento que a su vez sea un puente. Pensé entonces en la utilización de los cuentos indígenas en la escuela, en la lectura y la escritura, a través de los cuales se pueda existir en la Escuela una comunicación entre los mundos indígenas y el mundo literario, que a su vez sea un puente de comunicación entre los mundos indígenas y el mundo literario, que a su vez sea un puente de comunicación entre los mundos indígenas y el mundo literario.

Víctor Zuluaga Gómez

A partir de los elementos que se describen en algunos cuentos indígenas que tuvieron como escenario las situaciones más particulares de su mundo y que permitieron al mismo tiempo referirse al mundo literario y a la escritura en sus mundos indígenas.

Universidad Tecnológica de Pereira

Facultad de Educación

Agosto 1995

INTRODUCCION

En alguna ocasión cuando me encontraba en el internado indígena de Purembará realizando unos talleres para los maestros indígenas del Chamí, algunos estudiantes me preguntaron sobre cuáles estrategias podrían utilizar para la enseñanza del español entre sus alumnos, teniendo en cuenta que no era su lengua materna. Pensé entonces en la utilización de algunos cuentos cortos, para abordar la lectura y la escritura, a partir de ellos. Al revisar la biblioteca que existía en la Escuela, pude percatarme de la existencia de una abundante literatura infantil, pero ninguna de las publicaciones había sido escrita pensando en una población infantil o juvenil indígena.

A partir de ese momento inicié la escritura de algunos cuentos sencillos que tuvieran como fuente las situaciones muy particulares de su medio y que permitieran al mismo tiempo reforzar su acervo cultural condensado en sus mitos y leyendas.

Con frecuencia nos quejamos los maestros sobre la falta de interés que tienen nuestros alumnos para leer y escribir, pero en la gran mayoría de los casos se debe a la utilización de estrategias inadecuadas, que hacen de la lecto-escritura una experiencia aburridora y traumática. Aburridora, porque si es lectura, no

experiencias y en este caso, solicite que cada uno escriba un cuento corto para luego revisarlo en grupos pequeños y después a nivel de toda la clase. Se trata de que cada uno vaya corrigiendo sus errores con su ayuda y lo vaya haciendo más complejo, en la medida que introduzca otros personajes y maneje el tiempo y el espacio adecuadamente. El tiempo hace relación a las horas, días o meses durante los cuales se desarrolla la narración, y en el cual debe haber concordancia. El espacio tiene que ver con los sitios en los cuales se producen los hechos que se relatan: una casa, el río, el monte, la vereda, el resguardo, un pueblo, etc.

Un buen ejercicio es pedirles a los niños que relaten una historia por medio de unos dibujos que tengan secuencia, y les coloquen algunas leyendas cortas.

Muchas de estas sugerencias pueden utilizarse en otras asignaturas. Si por ejemplo, en ciencias naturales va a hablar de los ríos, pregunte previamente a los niños qué saben de los ríos, cómo se forman, para qué sirven, etc. Todas las respuestas que den a esas preguntas y otras más que ustedes puedan plantear, haga que las copien en el cuaderno o en el tablero, así no sean correctas. De esa manera usted puede invitarlos para que lean en algún libro sobre el tema, puedan ellos llegar a las respuestas correctas y comparar lo que sabían sobre el tema y lo que lograron conocer después de la lectura. Esto implica, que usted, antes de la clase, ha averiguado en qué libro pueden encontrar las respuestas, o también leer de un texto, la respuesta

correcta.

Antes de iniciar un tema relacionado con ciencias naturales o sociales, tenga en cuenta el interés de los alumnos, las inquietudes o interrogantes que ellos quieren aclarar sobre determinado tema. Es muy posible que los niños no estén interesados en saber cuál es la estructura química de la miel, pero sí por ejemplo, cómo hacen la abejas para construir un panal. En gran medida, el aprendizaje de sus alumnos va a depender del interés que ellos tengan por los temas que se discuten en clase.

Muchas de las sugerencias que se dan en este capítulo pueden utilizarse en otros momentos de la clase. Por ejemplo, cuando se está leyendo un texto, se puede hacer un resumen de lo que se ha leído. También se puede hacer un mapa conceptual de lo que se ha leído. Otra sugerencia es que se preparen preguntas de comprensión lectora que se puedan hacer durante la lectura. Esto ayudará a los alumnos a comprender mejor el texto y a retener la información que en él se presenta. También se puede hacer un debate sobre el tema que se está leyendo. Esto ayudará a los alumnos a desarrollar sus habilidades de pensamiento crítico y a expresar sus opiniones de manera clara y organizada. Finalmente, se puede hacer un proyecto que involucre a los alumnos en la investigación de un tema relacionado con el texto que se está leyendo. Esto ayudará a los alumnos a aplicar lo que han aprendido en la clase a situaciones reales y a desarrollar sus habilidades de investigación y de trabajo en equipo.



partimos del interés que pueda tener el niño o el joven, no de unos interrogantes previos que él se haya podido formular, frente a cualquier tópico, y traumática en el campo de la escritura porque este ejercicio se asocia a las famosas "planas" o a la copia textual de lo que el profesor expuso en una clase, para ser calificado.

Los cuentos pueden convertirse una herramienta eficaz que permita a los niños la apropiación de unos saberes en el campo de la lengua española, en este caso, sin recurrir a la tediosa tarea de exigirles la conjugación de verbos en todos los tiempos y la escritura de una palabra por mil veces, cuando no la escribieron con las reglas ortográficas adecuadas.

Al final de los cuentos se plantearán algunas estrategias que considero, pueden facilitar un trabajo más productivo. Queda claro que los cuentos están escritos sin ninguna pretensión literaria y que su razón de ser fundamental la adquiere en el campo de la pedagogía lingüística.

Las observaciones finales están escritas en un lenguaje llano, teniendo en cuenta que la gran mayoría de los maestros indígenas (si no todos) no han terminado la educación primaria y el manejo de la lengua española es muy deficiente.

Quiero hacer un reconocimiento muy especial a la profesora Miralva Correa, de la Fundación Investigar de Cali, por su valioso aporte en la formación de los docentes pertenecientes al

EL TIO GALLO



EL TÍO GALLO

El tío gallo es un animal muy pícaro, porque se burla de los demás animales feroces que hay en el monte.

Un día se reúnen el jaguar y el perro de monte y hacen una apuesta para ver quién de los dos atrapa al tío gallo para darle una golpiza.

Como tío gallo, cada vez que se siente atrapado, vuela, entonces ellos tienen que pensar cómo se pueden acercar a él haciéndole creer que son amigos.

- "Yo voy primero", dice el perro de monte.

- "No, tú vas después que yo lo haya golpeado", le responde el jaguar.

Tanto el jaguar como el perro de monte piensan que quien lo encuentre primero tiene la ventaja, porque si logra golpear al tío gallo, ya en la segunda ocasión está prevenido y puede huir.

Los dos animales siguen discutiendo y no se pueden poner de acuerdo sobre quién va a ser el primero que principie a buscar al tío gallo para golpearlo y ganar la apuesta.

Lo que no saben los dos animales que se encuentran discutiendo es que tío gallo está escondido detrás de un árbol oyendo la discusión.

- "De manera que me piensan golpear", dice tío gallo, en voz baja.

"Ya verán ese par de pillos lo que les espera", continúa diciendo tío gallo, al mismo tiempo que se aleja.

Después de mucho discutir el perro de monte y el jaguar, llegan a un acuerdo: el jaguar irá primero a buscar a tío gallo. Sale aquel en busca del animal y lo encuentra sobre un tronco, cerca de un tambo, y con la cabeza escondida debajo de una de sus alas.

- "Tío gallo, ¿cómo estás?" le dice el jaguar.

Tío gallo saca su cabeza y responde: "Muy bien".

- "¿Tú me puedes enseñar cómo haces para esconder la cabeza debajo del ala?", le dice el jaguar en tono amistoso.

- "Claro que sí tío jaguar. Primero tienes que acostarte en este tronco y te haces el dormido".

Entonces el jaguar se encarama en un tronco grande que está en el suelo y finge que está dormido. De inmediato tío Gallo le hunde una de sus espuelas en un ojo del Jaguar y éste sale gritando: "Ay, ay, ay", no veo, no veo por mi ojo".

Tío Gallo aprovecha y sale corriendo y burlándose del jaguar.

El perro de monte, que se encuentra observando desde lejos lo sucedido, se acerca al jaguar y le dice:

- "Vas a perder la apuesta. Yo sí voy a golpear a tío Gallo".

- "No creo. Ese es un animal muy pícaro".

Sale entonces el perro de monte a buscar a tío Gallo y después de caminar por el monte un largo rato, lo encuentra cerca de una quebrada, tomando agua. Se le acerca despacio y le dice:

- "¿Cómo estás tío Gallo? Yo sé que tú te has burlado de tío jaguar.

Me alegro mucho lo que le has hecho, porque el jaguar hace muchas maldades", le dice el perro de monte.

"¿Tú eres mi amigo?", le dice tío Gallo.

"Sí yo soy tu amigo" le responde el Perro de Monte.

"Entonces te voy a decir dónde hay una cueva en donde vive un animal muy sabroso para que te lo comas"

"Gracias tío Gallo", le dice el perro de monte.

"Voy a hacerle creer que soy su amigo; me como el animal y luego le doy la zurra", piensa el perro de monte.

Salen los dos caminando y cuando llegan a una cueva grande, el tío Gallo le dice:

"Entra a esta cueva y adentro encontrarás el animal que te digo", le dice tío Gallo.

El perro de monte entra a la cueva, pero se lleva una sorpresa: el animal que vive en la cueva es un oso grande y fuerte y entonces el perro de monte sale de la cueva gritando: "Socorro, socorro, socorro".

El tío gallo, cuando el perro de monte entra a la cueva, se esconde detrás de un árbol y luego, cuando lo ve salir gritando, se aleja del lugar, riendo.

Ni el jaguar ni el perro de monte ganan la apuesta: otra vez el Tío Gallo se burla de ellos.



EL CONEJO Y EL LEON

Soy el conejo. Vivo en un bosque, cerca de la Inspección de Policía de Puerto de Oro. Para protegerme del hombre y de otros animales, hice un pequeño túnel, que me sirve de vivienda y de refugio. Me alimento de hierbas frescas y cuando éstas escasean, entonces me como algunos cogollos de maíz, de la rozas que tienen los indígenas de la región. Desde muy pequeño aprendí a correr a gran velocidad, porque el hombre me persigue para alimentarse.

En la región también vive un león que acostumbra comerse a los pequeños terneros de las pocas vacas que un colono tiene en su finca. Más de una vez han tratado de darle cacería, pero siempre termina devorándose los perros antes de que lleguen los cazadores y luego se desaparece como por arte de magia.

Por culpa del león he tenido que pasar muchas hambres, porque cuando los cazadores principian a rodear el bosque, debo mantenerme en la guarida, en algunas ocasiones, hasta varios días.

Para evitar que el león me devore, he tenido que inventar muchas historias para engañarlo. Estas son unas de ellas.

Me encontraba un día saboreando un pasto tierno, cuando de pronto sentí sobre mi espalda una enorme pata con garras. Cuando me dí vuelta para ver quién era, pude apreciar al león, lamiéndose el hocico con la lengua. Ya me tenía atrapado.

-"¡Señor león, por favor, no me coma!", le dije, muerto del susto. "Yo conozco un animal muy grande, que es muy fácil de atrapar. Si usted me perdona la vida, yo lo llevo hasta donde está él."

El león, que estaba muy hambreado, ante la posibilidad de tener una succulenta comida, sin mayores esfuerzos, me respondió:

"¿Dónde está ese animal y cómo se llama?"

"El animal se encuentra aquí cerca y se llama burro".

"¡Vamos a buscar el burro!", me dijo el león con tono intimidatorio.

Mientras caminábamos, le expliqué al león, que cuando se le acercara al burro, éste iría a rebuznar y que eso significaba, que el burro se rendía, que no iba a oponer resistencia.

Al llegar al sitio en donde se encontraba el burro, éste tan pronto sintió nuestra presencia, principió a rebuznar. Yo le dije entonces al león:

"¿Se dió cuenta?, ya se rindió"

Entonces el león, muy confiado se fué acercando al león, y tan pronto iba a mandar sus garras sobre él, el burro principió a darle patadas, haciendo que el león rodara por una pendiente. Yo,

inmediatamente salí corriendo y me escondí en la guarida, salvándome de una muerte segura.

No habían transcurrido ocho días, cuando al salir de mi cueva, me encontré frente a frente con el león. Como un relámpago me taponó la entrada y quedé a merced de él.

-¡Tú tienes una deuda pendiente conmigo!", dijo, enfurecido. Yo temblaba del susto y pensaba que de esa sí no me iba a poder escapar.

-¡"No me mate señor león, no me mate!", le decía yo, mientras pensaba en cómo poder escapar. Se me ocurrió entonces una idea y le dije:

-"Señor león, yo sé dónde se encuentra la cueva del oso hormiguero."

-"¿Cómo voy a confiar en usted, maldito conejo, si ya me engañó una vez?!"

-"Señor, lléveme de la mano, para que vea que no tengo intenciones de escaparme". Mis palabras fueron tan convincentes, que el león accedió a acompañarme hasta la cueva del oso hormiguero. Cuando estuvimos en la boca de la cueva, le dije al león que se quedara allí mientras yo entraba a la cueva y convencía al oso de que saliera. Tan pronto lo hiciera, el león lo

devoraría. El león aceptó, así que sin perder tiempo, me introduje en la cueva y encontré al oso en el fondo de ella.

"Amigo oso, el león nos quiere devorar. Nos está esperando a la salida de la cueva", le dije al oso.

"No te preocupes, dile que introduzca sus garras en la cueva para que me atrape, y ya verá la sorpresa que se va a llevar".

Le grité entonces al león que ya tenía atrapado al oso y que solo faltaba que con sus garras, lo pudiera sacar. El león metió sus filosas garras y el oso las llenó de hormigas arrieras que principiaron a picar al león, sin misericordia.

Tanto el oso como yo, aprovechamos que el león se encontraba dando gritos y sacudiéndose las hormigas, para huir a toda velocidad de lugar. Así pude salvarme por segunda vez.



Muy interesante...
responde a...

LAS PICARDIAS DE LA ARDILLA

11

Cerca de mi tambo vivía don Antonio con su familia. Yo era pequeño, y mi papá me mandaba a traer leña del monte pero cuando estaba haciendo mucho calor, primero me bañaba en el río San Juan.

En la época de cosechar el maíz, yo observaba que una ardilla salía del monte y principiaba a comerse las mazorcas tiernas que don Antonio tenía en la roza. Como tenía que pasar por el sembrado de maíz, para ir a bañarme, cada vez vez que yo la veía, la espantaba y ella salía corriendo a esconderse en el monte.

- "Buenos días, Rodrigo", me dijo un día don Antonio, cuando yo venía del río.

- Buenos días don Antonio, le respondí yo.

- "¿Vió algún animal en la roza?"

- Sí señor, ví la ardilla, pero la espanté.

- "Esa ardilla me tiene con rabia, porque se se come el maíz".

- Entonces póngale una trampa para cogerla, le dije.

- "No, esa ardilla es muy astuta y no cae en la trampa, ya lo he ensayado".

Yo me puse a pensar cómo asustar a la ardilla y le dije a don Antonio que colocara un espantapájaros en el centro de la roza.

- "Muy buena idea. Ahora mismo voy a hacer un muñeco", me respondió don Antonio.

LAS PICARDIAS DE LA ARDILLA

Y así fué. Buscó una camisa vieja, un pantalón y los rellenoó con hojas secas de plátano, le hizo una cabeza con una **totuma** y le colocó un sombrero. Luego enterró un palo en la mitad de la roza y en la punta del palo amarró el espantapájaros, de tal manera **que se podía ver desde muy lejos**.

Al otro día por la mañana, don Antonio me llamó para **que fuéramos** hasta la roza para ver qué iba a pasar cuando llegara la **ardilla**. Nos escondimos detrás de unas palmas de chontaduro y al rato llegó el animal.

Nosotros estábamos seguros que cuando la ardilla viera el espantapájaros, saldría corriendo. Pero no fué así. La ardilla se quedó mirándolo, luego principió a comerse el maíz, comía y miraba al espantapájaros, comía y lo miraba. Don Antonio, con rabia, me dijo:

- "Voy a matar esa ardilla". Pero cuando salió a coger un palo, hizo ruido, la ardilla salió corriendo y se volvió a perder en el monte.

Ese mismo día por la tarde cuando yo iba a bañarme al río, se me ocurrió una idea: colocarle unas mazorcas tiernas en las manos al espantapájaros y luego echarle brea por todo el cuerpo. Como la ardilla no le tenía miedo al muñeco, entonces subiría a coger las mazorcas se quedaría pegada.

- "Vamos a ensayar eso", me dijo don Antonio, muy contento.

Esa misma tarde dejamos el muñeco listo y al otro día por la mañana nos escondimos en el mismo sitio para mirar qué pasaba cuando llegara el animal.

Al llegar la ardilla, miró las mazorcas que tenía el espantapájaros, se fué acercando, se le subió y le dijo:

- "Déme las mazorcas". Como el muñeco no podía hablar, volvió la ardilla a decirle:

- "Me da las mazorcas o le pego"

Cuando la ardilla le pegó con la mano derecha, ésta se le quedó pegada al espantapájaros.

- "¡Suélteme o le pego con la otra mano!", le gritó la ardilla. Y así fué; le pegó con la mano izquierda y también se le quedó pegada. Ya la ardilla estaba furiosa y le tiró una patada y también se quedó pegada. Así sucedió con la otra pata.

En el momento en que nosotros vimos que la ardilla se encontraba atrapada, por la brea, corrimos, y don Antonio la cogió del cuello y le dijo:

- "Al fin te atrapé. Ahora te voy a cocinar".

Nos fuimos para el tambo de don Antonio y mientras él la amarraba en un palo del corredor, yo entré a la cocina y le dije a su señora que pusiera a calentar agua para cocinar a la ardilla. Al rato entró

don Antonio y nos pusimos a contarle a su familia la manera como habíamos atrapado a la ardilla.

El agua demoró mucho rato para hervir y cuando estuvo lista, salió don Antonio al corredor, cogió al animal que estaba amarrado y lo metió en la olla. Pero...no era la ardilla: ¡era una zorra! Don Antonio la sacó rápido con un palo, antes de que se muriera.

¿Qué había pasado?. ¿Dónde estaba la ardilla?.

La zorra nos contó lo que había sucedido:

"Pasaba por la casa y ví que la ardilla me hacía señas. Me le acerqué ella y le pregunté porqué estaba amarrada. "Es que estoy jugando", me dijo. Y ¿cómo es el juego?, le pregunté. "Muy fácil, usted me desamarra y yo salgo a buscarle comida, pero yo la tengo que amarrar"; Yo le creí, la desamarré y dejé que ella me amarrara. La ardilla salió corriendo y luego ustedes me metieron en la olla con agua caliente. Así pasó."

Otra vez, la ardilla se había burlado de nosotros y de la zorra.



LA VENGANZA DE LA ARIBADA

Un sábado por la tarde se reunieron varias familias para celebrar el matrimonio entre María y Antonio. La fiesta se llevó a cabo en el tambo de Luis, el papá de Antonio, ubicado a orillas del río Agüita. Tenía la casa un amplio corredor en donde usualmente las mujeres elaboraban gran variedad de canastos para el transporte de plátano, almacenamiento del maíz y otros menesteres. Como la gran mayoría de los tambos indígenas, estaba construido solo con material de guadua.

Aproximadamente a las dos de la tarde principiaron a llegar los invitados, quienes llevaban una gallina o un cerdo de regalo para los recién casados, de acuerdo con la capacidad económica que tuvieran. A medida que iban llegando las personas, principiaban a tomar chicha, guarapo o biche, según el gusto. Muy pronto se principió a sentir un ambiente de alegría y algunas parejas principiaron a bailar al compás de sus ritmos tradicionales interpretados por el conjunto musical que tenía integrado la familia Siágama, con instrumentos como el fotuto, el tambor y la puza. Algunas mujeres casadas y con hijos pequeños, a medida que ingerían licor, se incorporaban al grupo que danzaba, llevando en sus espaldas a sus pequeños, sin que éstos dieran la más mínima señal de incomodarse por los movimientos bruscos de sus madres.

A eso de las siete de la noche, cuando ya algunos de los asistentes se encontraban completamente borrachos y tirados en el suelo, Roberto se dedicaba a ingerir chicha con algunos amigos y a

contarles sobre las extrañas voces que oía por las noches en su tambo, que se encontraba al norte de Purembará, y muy cerca del bosque.

"Es la Aribada", le decía Luis.

"Puede ser también el Dojura, porque muy cerca de su tambo pasa un río", apuntó Marcos.

"Yo no sé, pero desde hace seis meses, casi no me deja dormir", concluyó Roberto.

Antonio, el recién casado, quien tenía fama de bebedor empedernido a pesar de tener escasos 18 años, no resistió hacer un comentario al respecto, pues había oído toda la conversación a pesar de no estar participando de la charla que se había generado alrededor de Roberto.

"Es que el que la debe la tiene que pagar", anotó Antonio.

La mayoría de los asistentes, que aún conversaban animadamente, sobre los vicios de Roberto, las virtudes de María, las dificultades de Mario y las infidelidades de Ritalina, callaron automáticamente ante el comentario irónico que había acabado de hacer Roberto. Por un momento solo se oyó el rumor del río, el croar de las ranas, que más parecían el bramido de un ternero y el monótono sonido de los grillos.

Luis miró a Roberto y al darse cuenta de la cara de disgusto que tenía, le hizo una señal a los hermanos Siágama para que

principiaran a interpretar alguna melodía y de esa manera impedir que la discusión fuera a terminar en un enfrentamiento entre Roberto y su hijo.

Así fué. Por un buen rato, siguieron brindando por la felicidad de los recién casados y se volvió a recobrar el clima de alegría que reinaba, antes del comentario de Antonio.

Luis se encontraba bastante preocupado por los comentarios de su hijo, de manera que llamó a su hija Patricia, esposa de Roberto, para preguntarle si ella estaba enterada de las razones que tenía su hermano para hacer dichos comentarios. Patricia se había casado recientemente con Roberto, a raíz de la muerte de la primera esposa, una joven muy bella llamada Eulalia. Cuando Luis le hizo la pregunta, su hija le manifestó que desconocía los motivos que tenía su hermano para comportarse de esa manera. Quedaba sin embargo flotando en el ambiente cierta intriga por el asunto, pues daba la impresión que Antonio sabía algo sobre Roberto, que todos desconocían.

A partir de la media noche, los invitados fueron cayendo uno tras otro al suelo, embotados por el licor.

A las seis de la mañana, cuando todos estaban tendidos en el suelo, se oyó un ruido ensordecedor que los despertó de inmediato. Apareció en el corredor de la casa un hombre gigante cubierto de pelo blanco y con unas poderosas garras en sus miembros superiores y se introdujo en el tambo con rapidez. Su presencia

causó pánico entre hombres y mujeres, a tal grado que los dejó paralizados. Todos estaban seguros de estar ante la presencia de una Aribada, reencarnación de un Jaibaná que llegaba para ejecutar alguna venganza.

La mirada de aquel ser, entre hombre y animal, recorrió rápidamente a todos los concurrentes, como si tratara de localizar a alguien.

De pronto, uno de los indígenas, que tenía fama de buen peleador y de ser muy diestro en el manejo del machete, se incorporó, y en tono desafiante se avalanzó sobre el animal, pero éste, con gran habilidad lo esquivó y lo tomó por el cuello, apretándolo de tal manera que perdió el conocimiento y cayó al suelo sin sentido.

"¿Usted mató a mi hermano?" le gritó a la Aribada otro de los indígenas, mientras se le ponía de frente levantando el machete.

Las mujeres gritaban y lloraban, mientras los hombres se levantaban lentamente y se aglomeraban alrededor de la Aribada, en actitud expectante. Como un relámpago, el indígena le lanzó un machetazo a la Aribada y ésta, brincó hacia un lado y descargó sus garras sobre su oponente, lanzándolo al suelo, en medio de borbotones de sangre que manaban de su pecho.

Nuevamente la Aribada lanzó una mirada desafiante a los hombres que se encontraban a su alrededor y cuando vió a Roberto se dirigió a éste, lo agarró por el cuello y lo sacó del tambo, para luego

dirigirse con su víctima hacia el río, cruzarlo y luego perderse en la montaña.

Era incompresible la actitud de la Aribada, pues todo indicaba que solamente iba a raptar a Roberto. Patricia y su padre Luis corrieron tras la Aribada hasta la orilla del río, pero fué imposible seguirla debido a la velocidad con la que atravezó el río, a pesar de llevar en una de sus manos a Roberto. Los demás se quedaron atendiendo al herido y al otro indígena que aún no recobraba el sentido. Todos se movían de un lado para otro, hacían comentarios, menos Antonio que fué a sentarse en un rincón del tambo sin mostrar preocupación alguna. Más aún, por el semblante de su rostro, podría decirse que estaba complacido por la desaparición de Roberto.

Cuando Luis regresó al tambo, se le acercó Antonio para pedirle una explicación de lo sucedido.

"¿Quiere saber la verdad?", le respondió Antonio.

"Algo raro está pasando, dígame lo que usted sabe", le dijo su padre en tono recriminatorio. Antonio miró a su hermana Patricia y al verla presa de angustia y llorando, resolvió contarle todo a su padre.

"Yo conocí a Eulalia mucho antes que se casara con Roberto. Yo me enamoré de ella y yo sé que ella me quería. Varias veces le dejé cerca de su tambo, canastos con maíz, chontaduro y platano y ella los recogía, en señal de aceptación. Pero llegó Roberto y principió a

llevarle chismes sobre mi, a decirle que yo era un flojo para trabajar y que estaba enamorando a otras muchachas. Eulalia no le creyó, pero yo sé que entonces Roberto fué donde Justino, el Jaibaná, para que le preparara unos bebedizos para dárselos a Eulalia con el fin de que se enamorara de él. Todo eso me lo contó después, Justino. Después de que se casaron, yo quedé muy aburrido y por eso me puse a tomar mucho guarapo."

Eran ya cerca de las nueve de la mañana, los parientes del herido se lo habían llevado para Santa Cecilia; el otro había recobrado el conocimiento y se quejaba del dolor que tenía en su cuello, pero nadie le prestaba atención, ya que poco a poco, todos se fueron sentando alrededor de Antonio para oír de cerca su relato, que seguramente podía explicar los extraños sucesos vividos en el tambo. Nadie se atrevía a interrumpir a Antonio, quien seguía sentado en el mismo rincón, sobre el piso de esterilla. Solamente María, la esposa de Antonio, salió por un momento del tambo a recoger agua en una totuma, para a su marido, que como todos, habían amanecido con mucha sed.

"Después de algunos meses de haberse casado Eulalia con Roberto-continuó diciendo Antonio-; Senén, mi primo, me contó que Roberto le pegaba casi todos los días a Eulalia en la cabeza, con un palo, porque no le tenía listo el desayuno antes de salir a trabajar. Así fué como poco a poco, Eulalia, fué quedando ciega. Una vez me la encontré y le pregunté si era verdad que Roberto la golpeaba, pero ella lo negó, seguramente por miedo. La explicación que

daba Roberto por la ceguera de Eulalia era que le habían hecho un maleficio. Pero no era cierto." Al llegar a este punto de su relato, Antonio tomó un sorbo largo de agua y no pudo evitar que de sus ojos brotaran algunas lágrimas. Hizo un esfuerzo y continuó:

"Al cumplir casi un año de casados, Eulalia murió y Roberto dijo que ella se había ahogado en el San Juan. ¡Mentiras!, yo estoy seguro que la mató a garrote y luego la llevó al río, para hacerle creer a la comunidad que se había ahogado. Yo me fuí entonces donde un Jaibaná y le dije que si Roberto era el culpable, le mandara una Aribada para que hiciera justicia, para que vengara la muerte de Eulalia."

Quedaba claro el comportamiento de la Aribada, pero ahora la inquietud que asaltaba a todos, incluyendo a Antonio, era sobre la suerte que iría a correr Roberto.

"Lo va a matar", decía uno.

"No, lo golpea, le quita los ojos y lo suelta", anotaba otro.

"Le va a hacer un maleficio", comentó Luis.

Llegado el medio día, y cuando ya todas las conjeturas sobre lo que le iría a pasar a Roberto, se habían agotado, fueron desfilando los indígenas para retornar a sus casas. Patricia se quedó allí con sus padres, pues no se atrevía a retornar al tambo sin su marido. Al otro

día fué Luis a recoger a su pequeño nieto que había dejado Patricia en la casa de una vecina.

Muchos meses pasaron sin que se tuviera noticia de Roberto. Sólo se sabe que cuando Patricia se levantaba a las cuatro de la mañana para moler el maíz, encontraba que otra persona había hecho su oficio. igualmente ocurría que cuando iba al monte por leña, la encontraba cortada y arrumada, lista para ser llevada a la casa. Sin embargo, nunca le comentó a nadie esos extraños hechos, pero estaba segura que el castigo para Roberto era el de hacerle todos sus oficios.

LA CULEBRA JEPÁ

Vivía antiguamente en el sitio de "La Batea" (En la vereda de Jeguadas), el cacique Florentino Wasorna, con su familia, que estaba compuesta por su esposa Ritalina y tres hijos varones.

Cerca del tambo no había agua y por lo tanto la tenían que subir desde el río San Juan. Esta labor la debían realizar los hijos, quienes se alternaban en este menester. No dejaba de ser una tarea muy penosa y por tal motivo, muchas veces pensaron en buscar otro sitio para construir la casa, en donde pudieran tener más cerca el agua necesaria para el baño, la comida y la pesca.

Florentino, que era Jaibaná, tenía el presentimiento de que algún día podrían tener muy cerca el agua, sin necesidad de trasladarse a otro sitio. Lo había soñada varias veces y por tal motivo no había querido acceder a los ruegos de Ritalina y de sus hijos. Soñó una noche, que estaba nadando en una laguna llena de peces. En otra ocasión, cuando estaba cantando Jai, vió cómo su bastón se convertía en un enorme pez, y todo esto lo interpretaba como una señal de que pronto tendría abundancia de agua, muy cerca de su tambo.

Pasaban los días y los meses sin que el sueño se convirtiera en realidad. Precisamente un día que bajó hasta el San Juan y no pudo pescar nada porque el agua del río estaba muy sucia debido a un prolongado aguacero que había caído en la cabecera del mismo, sintió tanto desánimo que pensó seriamente en construir la casa a

orillas de la quebrada Anquima, no muy lejos de Jeguadas. Ese día había bajado por la mañana al río y decidió regresar al medio día a La Batea. En las horas de la tarde, un torrencial aguacero principió a caer por toda la región, acompañado de fuertes relámpagos y truenos. Los tres niños, como era costumbre, sintieron mucho temor, pues los truenos eran la señal de que era un castigo por haber ellos maltratado o dado muerte a algún animal. Se reunieron los tres en un rincón y entonces se acordaron de que el día anterior habían estado matando unas hormigas arrieras. Sin pensarlo más, se dirigieron hasta el otro extremo del tambo donde estaba localizado el fogón y principiaron a arrancarse unos cabellos de la cabeza para introducirlos entre la leña que ardía. De esa manera, estaban seguros, expiaban su culpa y cesarían los ensordecedores truenos.

Florentino y Ritalina, mientras tanto, se encontraban en el corredor de la casa, pensativos y sin darle importancia a los murmullos producidos por los niños. De pronto vieron que caía muy cerca del corredor un pequeño gusano, de un colorido muy especial que les llamó poderosamente la atención. En ese preciso instante cesó de llover y ambos salieron en busca del extraño animalito, al cual por curiosidad introdujeron en una pequeña totuma con un poco de agua. Lo miraron detenidamente y luego lo dejaron sobre el piso de esterilla del corredor y como ya estaba oscureciendo entraron al tambo y se acostaron, después de haber comido un poco de harina, boya y aguadepanela.

Al siguiente día, algo curioso había sucedido. Cuando Ritalina salió al corredor, observó cómo la totuma estaba completamente llena de agua y el gusanito había crecido en forma desproporcionada.

-¡Florentino, venga a ver esto!", gritó ella. Entonces su marido se incorporó y corrió hacia ella, creyendo que se trataba de algún animal que rondaba por el tambo. Cuando ella le mostró la totuma, él tuvo la misma reacción de asombro.

-¡Algo raro ha pasado!", comentó Florentino a su mujer, en un tono tan fuerte que despertó a los tres niños y éstos salieron presurosos para enterarse de lo que estaba ocurriendo. Ellos realmente no entendían lo que había sucedido, ya que no habían visto el gusano antes.

-Pongamos el animalito en una vasija más grande", dijo Ritalina. Efectivamente lo pasaron a una totuma tres veces más grande que la anterior, sin añadirle más agua.

Ese día era domingo y la costumbre era ir toda la familia a Río-Mistrató, para vender algo de maíz o cacao, para comprar panela y sal. Este viaje era aprovechado por Florentino para beber cerveza o aguardiente con algunos amigos y con frecuencia emborracharse completamente. Ese domingo no iba a ser la excepción. A las ocho de la mañana ya estaban listos para emprender el viaje, así que dejaron la totuma grande en el mismo sitio en donde habían colocado el día anterior.

la pequeña. No tenían en la casa un perro que cuidara la casa en ausencia de ellos, pero como hábil Jaibaná, Florentino tenía su Jaidé debajo del tambo y esto le daba seguridad de que nadie se iba a atrever a entrar mientras ellos no estuvieran. Además de la Jaidé, tenían una pequeña lora y Florentino se podía comunicar con ella porque ésta había aprendido a hablar como una persona.

- "Si pasa algo, ya sabe que estamos en Río-Mistrató", le dijo Florentino a la lora.

- "Riiio-Mistratóooo", respondió ella, en señal de haber entendido el mensaje.

Ese día Florentino se encontró con sus amigos y entre copa y copa principió a relatar el extraño caso del gusano, de tal manera que el tiempo pasó más rápido que de costumbre y emprendió, junto con su familia, el regreso a La Batea después de las siete de la noche. Después de un penoso ascenso llegaron al tambo y a ninguno se le ocurrió mirar, antes de acostarse, la totuma en donde habían depositado el gusano. En medio de la oscuridad y del silencio que reinaba en el lugar, se oyó a la lora decir:

- "borrrracho, borrrracho", expresión que había escuchado más de una vez de Ritalina, para referirse al estado en que llegaba con frecuencia su marido.

Cuál no sería la sorpresa de Florentino, cuando el lunes por la mañana, al salir a trabajar en su pequeña roza, observó que el

recipiente en donde habían colocado el gusano, estaba completamente lleno y el gusano había crecido más de diez centímetros y había aumentado su grosor.

"-Esto sí está muy raro", decía en voz baja Florentino, mientras tomaba la totuma con la mano y con un aire de incredulidad, miraba y miraba el gusano.

"-¡Ritalina!, venga rápido", gritó al fin.

"-Qué pa...." no alcanzó a terminar de responder, cuando observó que el gusano, ahora de un tamaño mayor, se retorció dentro de la totuma.

"-Eso tiene maleficio, ¡mátelo!", fué lo primero que se ocurrió decir a Ritalina.

"-No, yo creo que no" respondió Florentino.

"-Qué vamos a hacer con eso si sigue creciendo así?"

"-Hagamos un hoyo allí en el sitio "La Batea", lo llenamos con agua y dejamos el animalito ahí"

Ritalina aceptó la propuesta de Florentino, con cierta desconfianza, que también compartían los hijos, los cuales ya se habían levantado y estaban pendientes de la decisión que iban a tomar sus padres frente al extraño animal.

Nadie se opuso a la idea de hacer el hoyo en La Batea, una hondonada que existía muy cerca del sitio en donde estaba

construido el tambo. Sin mucho esfuerzo, Florentino tomó una pala, la hundió con fuerza en el sitio convenido (el centro de la hondonada), extrajo cuatro paladas de tierra y quedó listo el sitio en donde depositarían el gusano, con el agua.

Ese día Florentino decidió no ir a trabajar y entonces se quedó en la casa conversando con su familia sobre una historia que su padre le había contado, acerca del origen del agua, y a propósito de la cual había tenido algunos sueños. La idea del Jaibaná, era poder estar cerca de La Batea, para observar durante el día si se producía otro fenómeno relacionado con el crecimiento del gusano.

"Antiguamente no había ni ríos ni mares en el mundo-principió a relatar Florentino-, decían los mayores. entonces Karaví soñó que en alguna parte existía agua y envió a algunos animales a buscarla, sin éxito alguno. Posteriormente, el mismo Karaví vió que una indígena llamada Gentzerá, tenía en sus manos unos peces y que recién se acababa de bañar. Karaví entonces le preguntó a la indígena por el sitio en donde había encontrado agua. Ella le mintió y le señaló un camino diferente, para que no encontrara el agua. Karaví se dió cuenta del engaño, pero se alejó y cuando estaba a prudente distancia, se convirtió en un tominejo y regresó al sitio donde se encontraba la indígena, quien no prestó atención al animal. Gentzerá, una vez que creyó encontrarse sola, se fué directo hasta un árbol gigantesco, el árbol de Jenené, y al decir unas palabras mágicas, se abrió una puerta ubicada en la base del árbol y penetró en él. El tominejo, sin que se diera cuenta la indígena y antes

de que se volviera a cerrar la entrada, penetró también en el árbol".

Tanto Ritalina como los niños escuchaban atentamente la historia y cuando ella iba a atizar la candela, le pedía a Florentino que suspendiera la narración mientras tanto.

- "Qué pasó con el tominejo?", le preguntó Andrés, el hijo menor, que contaba con seis años.

"El tominejo quedó asombrado, que dentro del árbol hubiera tantísima agua; ya que el árbol tenía un diámetro como de cinco metros y una altura aproximada de cincuenta. El tominejo salió al rato cuando Gentzerá lo hizo y entonces se volvió a convertir en Karaví y como castigo por haberle mentido la transformó en una hormiga conga. Llamó entonces a varios indígenas y principiaron a derribar el árbol de Jenené para que el agua corriera y así se formaron los mares y los ríos".

Después de haber contado esa historia, Ritalina también recordó algunas historias cortas que le había oído a su abuela. Todos, sin embargo, estaban pensando en lo que podría estar sucediendo en La Batea, así que Florentino les propuso que fueran a echar un vistazo al gusano. Lo hicieron pero encontraron que nada raro había sucedido: el gusano continuaba con el mismo tamaño y el agua no había aumentado. Regresaron a la casa, almorzaron y por la tarde se fueron a visitar a un hermano de Florentino que vivía en Purembará. Allí estuvieron toda la tarde, cuando regresaron

pasaron por la Batea, a eso de las seis de la tarde, pero nada anormal había ocurrido. Decidieron entonces, comer, luego conversar un rato y acostarse.

A las cuatro de la mañana del día siguiente, cuando Ritalina se levantó para moler el maíz, escuchó un ruido poco común, como si unas aguas se agitaran dentro de un estanque. La sorpresa al salir fue muy grande: La Batea se encontraba completamente llena de agua, formando una laguna y en la mitad de ella se podía reconocer la cabeza de una enorme culebra Jépá que abría la boca, solicitando comida. Ritalina no pudo contener un grito producto del miedo y la sorpresa.

En un instante Florentino y los niños salieron del tambo y presenciaron asombrados cómo la Jépá se acercaba a la orilla y abría sus fauces solicitando alimento.

-¡Vaya hija traiga harina y déle al animal!", le dijo su esposo a Ritalina.

Sin pensarlo dos veces, como una autómatas, salió corriendo y principió a moler maíz. Muy pronto había molido un canasto de maíz y lo llevó a Florentino. Este hizo una enorme bola remojada con agua y se la tiró a la serpiente, quien la devoró en un instante. Nuevamente abrió la boca, solicitando más comida. Entonces decidieron que todos irían a moler maíz, para calmar el hambre del animal. Molieron más de una arroba de maíz y poco a poco se la

fueron dando, hasta cuando el animal, ya satisfecho, se sumergió en el fondo de la laguna.

El agua de la laguna era cristalina y además pudieron observar que había también peces dentro de ella. A partir de ese momento, tuvieron agua y pescado en abundancia, cumpliéndose así el sueño del Jaibaná.

A partir de ese día, todas las mañanas, Florentino iba muy por la mañana a La Batea, tocaba un pequeño tambor e inmediatamente salía la Jepá, recibía su ración de dos arrobas de maíz y luego desaparecía de la superficie. La felicidad era completa para la familia, porque se habían acabado las largas caminadas hasta el río San Juan en busca de agua y de pescado. Todo esto lo tenían allí a la mano. Amigos y parientes que visitaban a Florentino no salían del asombro por la formación de la laguna y todos coincidían en que se debía al canto del Jaibaná. Su popularidad creció, a tal grado, que venían a buscarlo para curaciones desde las más remotas regiones del Chocó.

Habían transcurrido más de dos años desde el día en que se formó la laguna y un sábado por la mañana, Florentino y Ritalina resolvieron bajar hasta el San Juan para baharequear. Los niños habían resuelto quedarse en la casa. Andrés ya había cumplido los ocho años; el mayor, que era David, 12 y Mario, 10 años.

Florentino les había advertido a los tres, que tuvieran mucho cuidado porque había algunas personas envidiosas que querían hacerle algún maleficio al animal y acabar con la laguna.

Una vez que estuvieron solos, Mario les propuso que tocaran el tambor para que la culebra saliera. Así lo hicieron y cuando el animal emergió abrió la boca para recibir la comida y los niños principiaron a reírse del animal. Cuando el animal se sumergió, esperaron un rato y volvieron a tocar el tambor y nuevamente el animal salió, sin que ellos le dieran nada de comer. Cuando tocaron el tambor por tercera vez, la serpiente se enfureció y devoró a los tres niños. La lora, que estaba observando lo que acontecía, salió volando hasta el río San Juan en donde se encontraban Florentino y Ritalina y les dijo que había problemas en la casa.

Rápidamente se pusieron en camino y al llegar, principiaron a llamar a los niños:

-¡Andrés... Mario... David...!

La lora entonces les señaló La Batea y al llegar allí, encontraron el tambor en la orilla. Florentino entonces entendió que habían estado tocando el tambor y que la serpiente los había devorado. Con desespero y rabia Florentino tomó un machete y se se fué tras la Jepá para obligarla a que vomitara a sus hijos. La serpiente lo eludió una y otra vez, hasta cuando el Jaibaná quedó extenuado.

- "Vamos a cantar Benekuá", dijo Florentino. Los dos salieron en busca de los Jaibanás que vivían más cerca y esa noche se

reunieron para llamar a los espíritus y obligar a la Jepá a soltar a los niños.

Reunidos los Jaibanás, principiaron la ceremonia y llegaron a la conclusión de que la única manera de rescatar a los niños, era obligar a la Jepá a bajar hasta el río San Juan, para que allí, el cangrejo, con sus tenazas, la partiera en tres pedazos y liberara a los niños.

Ese domingo, cinco Jaibanás, incluido Florentino, principiaron a cantar a orillas de la laguna, para que la culebra principiara a bajar. Con mucha dificultad lograron que principiara a descender, y una vez que estuvo en el San Juan, se resistía a avanzar hasta el sitio en el cual estaba esperando el cangrejo, que era una parte angosta del río. A eso de las tres de la tarde, la Jepá llegó al sitio, y como el cangrejo estaba escondido, muy confiada siguió avanzando. En el punto preciso, el cangrejo cortó la serpiente en tres partes, y los niños fueron liberados.

Como recuerdo de esta historia de la Jepá y los tres niños, se colocaron a algunas veredas el nombre de JEBANIA, JEGUADAS y JETÉ.

UN AÑOR IMPOSIBLE



cuando vino al mundo. El nombre es José Antonio. El día de su nacimiento...

UN AMOR IMPOSIBLE

Como todos los días en las horas de la tarde, Rosa salía hasta el corredor de su casa, se recostaba en una hamaca grande de fique que su padre había fabricado y con la mirada perdida dejaba transcurrir las horas, envuelta en un mutismo que solo rompía cuando algún extraño se acercaba. Habían transcurrido dos años desde el momento en que decidió ignorar el presente y mantenerse aferrada a los recuerdos para seguir dándole sentido a su existencia. Había perdido todo contacto con la realidad y para ella era un buen mecanismo que le permitía huir de ella, porque era dolorosa. Libardo, su padre, había agotado todas las posibilidades de una curación, sin obtener ningún resultado positivo. Jaibanás, yerbateros y médicos habían coincidido en su diagnóstico: locura incurable. Ella por su parte estaba convencida que no estaba loca, y disfrutaba ese eterno presente de recuerdos, sólo que en su rostro no daba la menor señal de alegría. Pero gozaba en su interior.

Conocí a Rosa una tarde que fui a visitar a Libardo en su casa. Tan pronto me acerqué al tambo, ella se levantó de la Hamaca y sin pensarlo dos veces vino a mi encuentro exclamando llena de alegría: - "José Antonio, ¿dónde estabas?". Me extendió la dos manos para que yo las tomara y luego me invitó a seguir. En esos momentos Libardo hizo su aparición en compañía de su esposa, y algo perturbado me dijo: - "No se preocupe don Genaro, ella es Rosa, la pobre está loca y cuando viene un extraño, cree que es José Antonio". La tomaron por

los brazos y la introdujeron al tambo, en donde habían construido una pequeña celda para encerrarla, cada vez que esto sucedía. Rosa opuso resistencia y llamaba con todas sus fuerzas a José Antonio. Al poco rato sus gritos se convirtieron en gemidos y llantos, hasta quedar completamente exhausta.

Yo me sentía incómodo por la situación, pero daba la impresión que tanto Libardo, como su esposa, María, estaban acostumbrados a este tipo de situaciones que ocurrían con cierta frecuencia, según me confesaron.

- "¿En qué le puedo servir, don Genaro?", me preguntó Libardo,

- "Vengo para negociar unos marranos"

- "Solamente tengo para vender unos pequeños". Acto seguido me mostró los animales que tenía para la venta, hicimos el negocio y regresé a Santa Cecilia. Yo vivía hacía poco en este pequeño pueblo, que quedaba muy cerca de la vereda de La Loma, en donde residía Libardo con su familia, y no había oído hablar acerca de la locura de Rosa. Ella era una indígena con una edad aproximada de 17 años, cabello lacio y unos ojos negros que hacían juego con su pelo, su rostro era redondo e irradiaba una gran ternura. En realidad me había conmovido verla en ese estado.

Volví a ver a Rosa un domingo, cuando Libardo y María la llevaron hasta el pueblo, ya que una tía de aquélla, que siempre la cuidaba

cuando sus padres venían al mercado, no pudo hacerlo en esta ocasión. Rosa caminaba tomada de los brazos por sus padres, con un vestido de color azul intenso, su cuello adornado con chaquiras rojas y en su cabeza una corona hecha con flores silvestres de color blanco que contrastaban con el color de su pelo.

— "Ahí va la loca", oí decir a un joven que se encontraba en la esquina de la plaza.

— "Viene a buscar a José Antonio", anotó otro.

Estos comentarios hicieron despertar en mí, una mayor curiosidad, así que me acerqué a unos de los jóvenes que hizo el comentario, para preguntarle quién era José Antonio y cuál era la razón por la cual Rosa se encontraba en ese estado. La única respuesta que me dió fué: "pregúntele a Camilo o a don Pedro".

— "¿A don Pedro Vélez?, le volví a preguntar.

— "Sí señor, el mismo", fué la respuesta que recibí, en un tono medio burlón.

Don Pedro era un colono, como yo, que tenía una finca de caña panelera cerca de la Unión. Varias veces había conversado con él, pero nunca había hecho alusión a Rosa. Coincidentalmente, al día siguiente había acordado ir hasta su finca para negociar unas cargas

de panela, ya que mi negocio era la compra y venta de panela y cerdos, así que me pareció el momento oportuno para indagar sobre la misteriosa locura de Rosa.

Al llegar el lunes hasta la casa de don Pedro, cerca del río San Juan, él me invitó a seguir, hablamos de negocios y al final, me ofreció una totumada de guarapo, que yo acepté gustoso. Pensé que era el momento preciso para abordar el tema, así que le pregunté:

- "¿Ayer estuvo en el pueblo?"

- "No, estaba terminando de empacar la panela para mandarla a Mistrató"

- "Es que ví a Rosa, la hija de Libardo y María. Los que viven en la Loma..."

Me miró primero fijamente por un instante, y luego se quedó pensativo, como si un intenso dolor lo invadiera desde la cabeza hasta los pies. Inclino la cabeza y pude sentir que sollozaba. Yo no sabía qué decir ni qué hacer.

En ese instante, salió su esposa Rebeca, se acercó a don Pedro, lo acarició con una ternura maternal y dirigiéndose a él le dijo: "Otra vez

se está acordando de José Antonio". La única respuesta fué un profundo sollozo. No me sentí capaz de hacer pregunta alguna, así que me levanté de la silla y me disponía a despedirme, cuando don Pedro, secándose las lágrimas con el delantal de doña Rebeca y haciendo un gran esfuerzo por contener los sollozos, me dijo:

"No se vaya don Genaro, tómese otro guarapo".

"No sé si deba, no quiero ser inoportuno con mis preguntas".

"No lo es. Siéntese".

Así lo hice, no sin exteriorizar mi pena por haber provocado esa situación.

Hace un poco mas de dos años -comenzó-, nuestro hijo José Antonio, se enamoró de Rosa. Nos dimos cuenta porque de un momento a otro decidió acompañarnos todos los domingos a Santa Cecilia, para asistir a misa en las horas de la mañana. Sabía que Rosa también asistía acompañada de sus padres y entonces aprovechaba para verla. Bastaba verle la alegría que reflejaba en su rostro cuando ella pasaba cerca. José Antonio tenía entonces 19 años y ella, apenas 15. Hay que ver la felicidad de ese muchacho cuando ella lo miró y le sonrió. Al siguiente día caminaba como por las nubes y durante varios días estuvo con una sonrisita a flor de labios, que delataba su felicidad. A nosotros nos dió muy duro al principio, porque aspirábamos que José Antonio se casara con una muchacha blanca. Entonces le dijimos que

pensara en los problemas que iba a tener casándose con una persona con unas costumbres tan diferentes.

A nosotros nos habían dicho- prosiguió don Pedro- que los indígenas vivían como animales, que eran borrachos y perezosos. Todo eso se lo hicimos ver, pero le entraba por un oído y le salía por el otro. Inclusive principiarnos a tener problemas con la familia de Rosa, ya que ellos tampoco querían que Rosa se casara con José Antonio. Pero cuando los muchachos se enamoran no entienden razones de ninguna clase. Después vendría la desgracia...

Justo en ese momento llegó un amigo de don Pedro para hacer un negocio, así que el relato quedó interrumpido y yo debí regresar a Santa Cecilia, con la inquietud sobre el final de la historia. No tuve que esperar mucho, pues esa tarde, el dueño de una tienda terminó de narrarme la historia.

Resulta que el papá de Rosa, Libardo -siguió narrando don Pedro-, le había prometido a Camilo que Ros se casaría con él. Camilo era vecino de Libardo y además hijo de un compadre del papá de Rosa. Ella inicialmente había aceptado casarse con Camilo, pero a partir del momento en que conoció a José Antonio, cambió completamente su actitud y le manifestó que no estaba segura de quererlo. Pero el compromiso ya estaba hecho con Libardo, así que fijaron la fecha de la boda y la realizaría un domingo. Ese día, dicen, un pájaro que estaba

en un árbol de Palo Santo, cerca del tambo donde vivía Libardo, principió a chillar desde muy temprano, de manera que Rosa y sus padres se pusieron nerviosos. Era una señal de mal agüero. Rosa intentó convencer a su padre para no asistir a la ceremonia, pero no fué posible. Al llegar a la iglesia, Rosa se mostraba nerviosa y con visibles señales de haber llorado intensamente. Ya Camilo y su familia se encontraban dentro del templo, esperando que llegara la novia. De pronto, y como un relámpago, José Antonio se acercó a Rosa, la tomó por la mano y salieron ambos corriendo, ante el asombro de familiares y extraños que no alcanzaban a comprender lo que había sucedido. Nadie volvió a saber de los enamorados, porque se internaron en el monte y no volvieron a salir. Algunos dicen que José Antonio hizo un pacto con el diablo para hacerse invisibles cuando alguien se acercara al tambo abandonado, en donde se habían refugiado. Otros sostienen que en el tambo vivía la Aribada y que ésta los protegía. Solo dos meses pudieron disfrutar de su enamoramiento, Rosa y José Antonio, -continuó relatando el tendero- porque Libardo, el papá de Rosa, fué donde un Jaibaná para que le hiciera un maleficio a José Antonio y Rosa regresara a su casa.

Un día llegó Libardo a la casa de don Pedro y le dijo:

- "Usted sabe dónde está mi hija Rosa con su hijo. Dígamelo"

- "Si yo supiera, ya hubiera ido por él"

- "Entonces vamos a hacer las cosas por las malas".